

Encontré al



Orejón

Catalina Micó Martínez 6ºB
Colegio "La Encarnación"

Encontré al Orejón



Era una bonita mañana de primavera. Aquel día se rumoreaba que había desaparecido el Orejón de su torre y todo el mundo se preguntaba dónde podía estar. Como soy muy curiosa, decidí investigar, pensé que sería mejor ir a la torre del Orejón, a buscar pistas, porque si lo habían robado, esa persona habría estado allí antes del robo, para inspeccionar el terreno y tramar su plan.

A la mañana siguiente empecé a buscar pistas. Vi un trozo de metal que colgaba de la pared, parecía una manivela, la empujé para abajo y me caí por un agujero hasta llegar a una sala oscura. En la sala había algo que me desconcertó, era el cuadro de un hombre, en su rostro se dibujaba una gran sonrisa, pero a pesar de eso tenía unos grandes ojos tristes y unas orejas un poco peculiares. Rebusqué en mis bolsillos el móvil para hacerle una foto, buscarla y así poder saber quién era aquel hombre, pero no pude porque no lo tenía. También me fijé en otros detalles, una vela que había sido usada, una pluma junto a un tarro de tinta, papel, fruta, pan... ¡Habían estado viviendo allí!

Salí por una pequeña puerta, que estaba al lado de un armario con ropa muy antigua. Esa puerta daba a la plaza mayor. Estaba un poco aturdida, medio mareada, en mi cabeza daban vueltas todas las imágenes que había visto dentro de la torre, iba tan ensimismada que me choqué con un grupo de niños que estaban jugando en la plaza. Se notaba un gran revuelo, mayor de lo normal. Entre todos ellos había un niño al que nadie conocía aunque su cara me resultó muy familiar, no le dí ninguna importancia. Como armaban mucho jaleo, se entendían pocas palabras. Pero conseguí escuchar la voz tintineante del niño que repetía una y otra vez: "¡Estoy tan alegre de poder estar aquí con vosotros!" Tras escuchar esto me fuí alejando de la plaza en busca de un lugar tranquilo para reflexionar.

Aquella tarde, salí a pasear y cuando pasé por la plaza mayor, escuché a un niño que le decía a su madre:

-¿Puede venir mi amigo a casa a merendar?

Su madre le dijo:

-Si sus padres le dan permiso, por supuesto.

Entonces el niño de la voz tintineante le respondió:

-No pasa nada siempre que no se haga de noche.

Y los dos niños se fueron muy alegres. Mientras tanto la gente seguía comentando lo mucho que echaban de menos al Orejón y se preguntaban dónde podía estar.

Esa misma noche, a las diez en punto se escucharon las campanas de la torre del Orejón por primera vez en todo el día, fuí corriendo a ver si el Orejón estaba de nuevo en su sitio y así era. De un momento a otro, la plaza se fue llenando. Decidí irme, porque todas las piezas del misterio habían encajado. Entré dentro de la torre por la pequeña puerta de la cual había salido aquella mañana. Cuando entré, volvió a resaltar el cuadro de aquel hombre. Pero esta vez había algo distinto en el cuadro. No

era su gran sonrisa ni sus peculiares orejas, sino sus grandes ojos, porque esa mañana estaban tristes y en aquel momento rebosaban de alegría y podían hacer felices a un montón de personas.

Encima de la mesa había escrita una carta en la que ponía:

“En primer lugar, os agradezco a todos haberos preocupado por mi, me he dado cuenta de lo importante que soy para vosotros. Por eso os voy a contar lo sucedido: todos los días, enfrente de mi torre juega un grupo de niños y siempre me he imaginado jugando y corriendo con ellos en la plaza. Tantas veces lo he deseado que, esta mañana me he sorprendido al sentir que mis piernas corrían sin parar. Sentía muchas ganas de salir a la calle y una alegría que me inundaba por completo. Ha sido un sueño hecho realidad y me lo he pasado super bien jugando con todos ellos. Firmado: El Orejón.”

Estas palabras las había escrito el propio Orejón y no hacía mucho, porque la tinta estaba aún húmeda y el papel era completamente nuevo, no como otros que estaban encima de la mesa.

Fue un día muy ajetreado y divertido investigando, al final ya sabía lo que había pasado con nuestro querido Orejón y que seas pequeño o mayor nunca hay que dejar de soñar.